

# **“¡Perón, Perón, qué grande sos!” Sobre la utilidad de la noción weberiana de carisma para el análisis etnográfico del período del primer peronismo.**

Balbi y Fernando Alberto.

Cita:

Balbi y Fernando Alberto (2013). *“¡Perón, Perón, qué grande sos!” Sobre la utilidad de la noción weberiana de carisma para el análisis etnográfico del período del primer peronismo. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/784>

**XIV Jornadas  
Interescuelas/Departamentos de Historia  
2 al 5 de octubre de 2013**

**ORGANIZA:**

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 91

Título de la Mesa Temática: Conflicto social y subjetividad política durante el primer peronismo: experiencias a ras del suelo.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Mariana Garzón Rogé, Nicolás Quiroga, Lucía Santos Lepera.

**“¡PERÓN, PERÓN, QUÉ GRANDE SOS!” SOBRE LA UTILIDAD DE LA  
NOCIÓN WEBERIANA DE CARISMA PARA EL ANÁLISIS ETNOGRÁFICO  
DEL PERÍODO DEL PRIMER PERONISMO.**

*Fernando Alberto Balbi*

*(UBA / CONICET)*

*fabalbi@yahoo.com.ar*

<http://interescuelashistoria.org/>

1- En los estudios sobre los orígenes del peronismo y, más ampliamente, sobre el primer peronismo ha sido frecuente la apelación a la noción de ‘carisma’ desarrollada por Max Weber a los fines de dar cuenta del ascenso político de Perón y de explicar diversos rasgos atribuidos por los analistas a la corriente política y el gobierno por él encabezados. En no pocas ocasiones, dichos análisis han tendido a incurrir en dos errores interrelacionados. Por un lado, se ha tendido a confundir el procedimiento heurístico de la clasificación sociológica con la realidad social, en la medida en que se ha supuesto que la sola caracterización del liderazgo de Perón como ‘carismático’ equivalía efectivamente a explicar una multiplicidad de hechos ocurridos durante el período analizado (*cf.* Balbi 2007a: 13 a 17), tales como el despliegue de determinadas prácticas políticas o la preferencia por ciertos procedimientos de gobierno. Por otro lado —y como resultado de lo anterior— se ha tendido a predefinir el sentido de una multiplicidad de prácticas políticas, puesto que una vez “reificado, travestido como un ‘dato’ de la propia realidad social, el ‘carisma’ trae consigo un modelo de análisis implícito donde ciertas cuestiones ya se dan por explicadas y otras son naturalmente esperadas” (Balbi 2007a: 34): se trata de un procedimiento que, entre otras cosas, implica asumir que un amplio y heterogéneo abanico de actores reconocía en Perón las mismas cualidades y que atribuía a éstas el mismo valor, aceptándolo en consecuencia como su líder. En esta ponencia me propongo examinar algunas de las condiciones teórico-metodológicas que sería necesario cumplir para desarrollar una apropiación más satisfactoria de los escritos weberianos relativos a la ‘dominación carismática’, en el sentido de un uso que: primero, no suponga reducir la complejidad de los hechos sociales ajustándola a parámetros emanados del instrumental analítico; segundo, no aspire a ofrecer una clave analítica única para procesos sociales diversos y sometidos a múltiples determinaciones; y tercero, permita —e incluso exija— atender a la variabilidad y la heterogeneidad de los sentidos asociados a las prácticas, así como a las que presentan las propias prácticas. A tal efecto, revisaré los escritos de Weber con el objeto de determinar qué orientaciones analíticas ofrecen para el examen de procesos sociales que, puesto que se dieron en el contexto de un sistema político estatal, claramente no se corresponden con los rasgos de su tipo ideal de la dominación carismática.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> No me detendré a analizar detalladamente las formas en que las nociones de carisma y liderazgo

2- Antes de entrar en tema, quisiera especificar el lugar desde donde escribo, estableciendo brevemente dos puntos. En primer lugar, en tanto antropólogo social interesado en analizar procesos políticos, procuro hacerlo desplegando una perspectiva etnográfica. Desde mi punto de vista, que es apenas uno de los muchos que conviven tensamente en mi disciplina, la etnografía puede ser entendida como “una práctica de investigación que trata de aprehender una porción del mundo social a través de un análisis que se centra estratégicamente en las perspectivas nativas (...) y que apunta a integrarlas coherentemente a sus productos” (Balbi 2012: 493). Al hablar de 'perspectivas nativas' me refiero a construcciones analíticas mediante las cuales los etnógrafos intentan dar cuenta de “los marcos de referencia más o menos compartidos por un grupo o categoría de actores”, asumiendo que aunque dichos marcos no tienen por qué ser ‘objetivamente’ adecuados a su mundo social en términos empíricos, “necesariamente, han de guardar alguna correspondencia —*a priori* indeterminada en su tipo y en su grado— con ese mundo tal que permita habitarlo y, consecuentemente, deben ser capaces de informarnos algo útil al respecto” (Balbi 2012: 492). La 'integración' mencionada no supone, entonces, construir la descripción etnográfica adoptando a las perspectivas nativas como el propio punto de vista sino incorporarlas en dos sentidos interrelacionados: primero, en el de que “la propia descripción debe ser producida a través de la paulatina modificación de los marcos de referencia del investigador en función de su confrontación con ellas” (Balbi 2012: 493); y segundo, en el de que “el producto final —es decir, el texto etnográfico— debe integrarlas coherentemente como parte de la descripción del mundo social analizado”, dando “cuenta de sus lógicas, fundamentos y vinculaciones con los procesos sociales examinados” (Balbi 2012: 493). Así, pues, mi interés por los aportes de Weber no apunta a producir caracterizaciones totalizadoras respecto del peronismo, del primer peronismo o siquiera del liderazgo de Perón sino, en cambio, a recuperar algunos de sus instrumentos analíticos a fin de construir analíticamente las perspectivas de los actores y de integrarlas coherentemente en el análisis etnográfico de diversos procesos políticos relativos a la historia del peronismo.

---

carismático han sido empleadas en los estudios sobre el peronismo. Ver: Balbi (2007a, 2007b, 2009).

3- En segundo lugar, no es mi intención recuperar la propuesta metodológica weberiana de usar 'tipos ideales' para el análisis de la acción social y las relaciones sociales ya que, entendida tal como lo hago, la etnografía forzosamente excluye este procedimiento que supone tratar los hechos analizados por referencia a tipos abstractos establecidos previamente (*cf.* Weber 1992: 5 a 12). Por lo demás, y en especial, esta concepción de la etnografía excluye el otro aspecto central del método de Weber, que consistía en priorizar el uso de los tipos que denominaba 'racionales con arreglo a fines', cuya particular utilidad desde su punto de vista radicaba en que eran capaces de producir resultados 'unívocos', es decir, de presentar el comportamiento 'correcto' de una manera segura, inambigua, lo que a su vez permitía “comprender la acción real, influida por irracionalidades de toda especie (afectos, errores), como una desviación del desarrollo esperado de la acción racional” (*cf.* Weber 1992: 7). Sin embargo, el análisis etnográfico no debe jamás predeterminedar las características y/o el rango de variaciones posibles de las formas en que los actores dan sentido a y producen su acción, lo que es un efecto inevitable del uso de una serie de tipos preestablecidos. Y tampoco el análisis etnográfico debe establecer preferencias en favor de una u otra forma de 'racionalidad', ni siquiera a fines expresamente heurísticos (*cf.* Weber 1992: 7): incluso si aceptáramos la idea, bastante discutible, de que realmente es posible establecer preferencias heurísticas que no comporten preferencias *lato sensu* (esto es, valoraciones), la etnografía no puede operar de esa manera porque su objetivo es, justamente, esclarecer la racionalidad de los hechos analizados en base a su análisis detallado *ex-post facto* y no a su simplificación y clasificación en función del uso de modelos analíticos fijados *a priori*. En suma, intentaré en estas páginas recuperar los aportes de Weber teniendo en cuenta que estaba escribiendo sobre 'tipos' y no sobre hechos históricos particulares, pero no lo haré para apropiarme de su método sino a fin de extraer orientaciones analíticas de sus observaciones respecto de algunas correlaciones probables entre aspectos de los hechos sociales que sirvieron de base a sus reflexiones.

El nivel típico ideal en que se colocan los escritos de Weber supone necesariamente la introducción de elevados niveles de abstracción y de simplificación de las modalidades de acción social y de relaciones sociales que él aspiraba a abordar. Al contrario, el análisis etnográfico de procesos sociales determinados exige brindar la atención más completa posible a la complejidad de los hechos a considerar, y la

elaboración de instrumentos analíticos en base al desarrollo de análisis etnográficos demanda que sean aptos para tratar esa complejidad. En el campo de los estudios sobre el peronismo, las apropiaciones de las ideas de Weber en lo tocante a la dominación carismática y a sus relaciones con los restantes tipos de dominación se han movido en una dirección opuesta de la que sería deseable desde mi punto de vista: esto es, hacia una excesiva abstracción y una simplificación masiva. Atribuyo esto a una suerte de división del trabajo que se ha dado *de facto* en los estudios sobre el peronismo: por un lado, las escasas discusiones conceptuales dirigidas a pensar expresamente la utilidad de las nociones weberianas han estado generalmente subordinadas a la adopción de procedimientos clasificatorios y totalizadores que apuntan a caracterizar al peronismo de forma tal de atribuirle una serie de tendencias que le serían inherentes y que permitirían explicar una serie de hechos concretos (*cf.* Balbi 2007a), de manera que normalmente han replicado o incluso incrementado la abstracción y la simplificación de los tipos elaborados por Weber (con el agravante de que muchas veces también han olvidado que él estaba hablando de tipos); y por el otro lado, los análisis centrados en ciertos problemas o procesos concretos donde se apela a las nociones de carisma o de liderazgo carismático habitualmente se han limitado a aceptar una u otra de las versiones de las ideas de Weber emanadas de las discusiones ya mencionadas, incorporando sin mayor reflexión sus correlatos de abstracción y simplificación.

En contra de esta tendencia, entonces, mi intención es esbozar algunas reflexiones dirigidas a repensar los aportes de Weber de cara a la producción de análisis empíricos centrados en el peronismo que abandonen la abstracción y la simplificación que marcan naturalmente a su tipología, y particularmente a la realización de análisis etnográficos. Sin ánimo alguno de agotar esta tarea ni de demostrar en base a materiales concretos la supuesta utilidad de mis sugerencias, me limitaré aquí a reconsiderar algunos aspectos de las ideas de Weber a la luz de dos ejes problemáticos que, a mi juicio, son suscitados por su empleo para abordar el período del primer peronismo: la heterogeneidad y complejidad de las relaciones que conformaran lo que de manera simplificada solemos designar como el 'liderazgo de Perón'; y el hecho de que su posición fuera producida a través de agencias estatales y de organizaciones estrechamente articuladas con aquellas, y apuntara precisamente a tomar control institucional de las primeras y a ejercer un control político sobre las segundas.

4- Pocos años atrás, en un artículo por lo demás atravesado por interpretaciones más que discutibles de los escritos de Weber sobre el carisma, Silvia Sigal (2008) observaba con razón que su empleo de dicha noción remite a una relación social y no a ciertas propiedades individuales. En efecto, al hablar del carisma Weber se ocupa de un tipo de relación de dominación que se asienta sobre un 'reconocimiento' por parte de los dominados de ciertas cualidades concebidas como 'extraordinarias' de una 'personalidad', el cual se mantiene por la reiterada 'corroboración' de aquellas (*cf.* Weber 1992: 193 y 194). Ahora bien: ¿de qué relación se está hablando?, ¿se trata, acaso, de *una sola* relación entre el que domina y quienes son dominados? Sin lugar a dudas, Weber se estaba refiriendo a un modalidad de relación considerada en abstracto (esto es, en tanto tipo), mientras que en el mundo real la dominación o el liderazgo no se reducen nunca a *una* relación social sino que consisten en una composición de muchas relaciones; empero, los usos de las nociones weberianas en la literatura sobre el peronismo tienden a asumir que cabe pensar, por ejemplo, el liderazgo de Perón como si se tratara de una relación social única porque, como en otros asuntos, se pierde de vista que si Weber podía hablar en ese nivel de generalidad era debido a que estaba trazando un *tipo ideal de relación social* y no caracterizando relaciones concretas, históricamente dadas.<sup>2</sup> Más allá de que Perón interpelara al 'pueblo' o a los 'trabajadores' como a un todo —y esto, por cierto, es solamente una parte de la verdad—, ello no significa que podamos con propiedad hablar de una relación unificada; en cambio, al hablar de 'el liderazgo de Perón', tratamos con una multiplicidad de relaciones heterogéneas que involucraban a actores, grupos, organizaciones y sectores sociales que eran portadores de una amplia diversidad de intereses y aspiraciones pero que, sin embargo, tenían en común el ser representadas —al menos en parte— en términos que evocan la noción weberiana de carisma en la medida en que normalmente involucraban referencias a ciertas características extraordinarias atribuidas a la persona de Perón.

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, Sigal recuerda el carácter relacional del concepto sólo para perderse inmediatamente en una dimensión abstracta, simplificada y radicalmente ahistórica donde la supuesta 'relación carismática' entre Perón y 'los trabajadores' queda reificada y congelada al punto tal que el fundador del peronismo puede ser remplazado medio siglo más tarde sin mayores problemas por una variedad de dirigentes que apenas necesitan 'declararse peronistas' para hacerlo (*cf.* Sigal 2008; Balbi 2009).

Cabe recordar aquí que la sociología weberiana apuntaba a “explicar causalmente en su desarrollo y efectos” (Weber 1992: 5) la acción social y las relaciones sociales a partir de la interpretación de su “sentido mentado y subjetivo” (Weber 1992: 6). Para el autor, dicho sentido subjetivo podía ser abordado como existente de hecho, ya fuera en un caso históricamente dado o como promedio de un conjunto de casos, o bien ser tratado a partir de su construcción como tipo ideal, que es lo que él hizo al trazar su tipología de las formas de dominación legítima. Puestos a recuperar los aportes del autor a fin de examinar el caso del primer peronismo en términos afines a la perspectiva etnográfica, se hace imprescindible atender tanto al hecho de que las relaciones constitutivas del liderazgo de Perón fueron muchas (esto es, por así decirlo, que él no ejerció un liderazgo sino muchos) como a que, según surge claramente del saber acumulado en más de un siglo de historia de la Antropología Social, la operación de un lenguaje de símbolos raramente comporta homogeneidad en cuanto a los sentidos que se les asocian sino que, en la práctica, casi siempre involucra la articulación de sentidos heterogéneos a través de símbolos polisémicos. Así pues, si en torno de la figura de Perón se agruparon actores, grupos y aún sectores sociales heterogéneos, la experiencia etnográfica y la teoría sociológica sugieren que, con casi total certeza, los vínculos involucrados en cada caso han debido comportar una cierta variedad de 'sentidos mentados'; y también, lo que es más importante, sugieren que la representación de todas esas relaciones heterogéneas como fundadas en el reconocimiento de un carácter 'extraordinario' de la persona de Perón ha debido ser, en la práctica, una de las condiciones que hicieron posible su articulación para conformar ese todo dinámico y conflictivo pero —en un sentido fundamental— eficaz que fue el denominado 'liderazgo' de Perón.

Sencillamente, en el complejo contexto de la emergencia del peronismo y de su consolidación inicial, no podemos asumir que las cualidades 'extraordinarias' que eran atribuidas a Perón tenían los mismos sentidos para los muy variados actores, grupos, organizaciones y sectores sociales que las 'reconocían': al contrario, dichos sentidos deberían ser objeto de investigación empírica en tanto partes integrales de múltiples 'perspectivas nativas' respecto de la figura de Perón socialmente informadas y de su relevancia en términos de las aspiraciones y los intereses de esos distintos actores. Por ejemplo, una parte importante de las representaciones respecto de la proficiencia de

Perón en tanto 'conductor político' es la que remite a su condición de militar, denotada mediante los apelativos de 'Coronel' y, luego, 'General': ahora bien, resulta incluso absurdo suponer que las calificaciones asociadas a esa condición eran las mismas desde los puntos de vista de sus colaboradores militares, los integrantes de FORJA, los radicales renovadores, los dirigentes de éste o aquel sindicato y los peronistas de a pie de una u otra localidad y condición social; otro tanto podríamos decir de su representación como el 'primer trabajador', que solamente podría tener un sentido unívoco si asumiéramos que en la Argentina de la época existía una única concepción respecto del significado del trabajo y que todos los actores que apoyaron a Perón se relacionaban de la misma manera con el trabajo en tanto una forma de actividad única (bastaría la más somera revisión de los escritos tempranos de Karl Marx para refutar este supuesto); y lo mismo cabe en relación con otras dimensiones de las formas en que Perón era representado, como por ejemplo la atribución (muchas veces apenas implícita en la apelación a ciertos motivos iconográficos) de cualidades concebidas como característicamente masculinas.

Cabe sumar otra dimensión en que las representaciones respecto de Perón, sus cualidades y su papel han debido variar: en función de las distintas modalidades de relación constitutivas de su 'liderazgo', que se extendieron en un extenso abanico de formas que iba desde las de carácter personal (en un sentido estrecho o estricto, referido a su estructura y modalidades de operación y no al lenguaje de signos involucrado en su representación) y fundadas en la interacción cara a cara, hasta aquellas predominantemente impersonales (aún cuando estuvieran en gran medida representadas como relaciones 'personales'), totalmente mediadas por terceros actores y organizaciones, y dependientes para su misma existencia de dichas mediaciones. Si la heterogeneidad de las representaciones señalada en el párrafo precedente remite a las muy diversas posiciones sociales de los actores involucrados, la que aquí traigo a colación refiere a las formas específicas en que cada relación de adhesión respecto de Perón estaba constituida. Es de notar que el uso del término 'relación' o de la expresión 'relación social' puede ser engañoso pues sugiere que los muy diversos vínculos a que se aplica son susceptibles de ser conceptualizados de la misma manera. En este caso, podemos con razón afirmar tratamos con las 'relaciones sociales' constitutivas del liderazgo de Perón, y también nos es posible decir justificadamente que se trata de

relaciones de 'representación política'; asimismo, apelando a los términos weberianos, podríamos con justicia afirmar que se trata de 'relaciones de dominación'. Empero, así como Weber pone sumo cuidado en distinguir entre las relaciones que el portador del carisma mantiene con los miembros de su 'cuadro administrativo' y aquellas que mantiene con sus 'adeptos' rasos a pesar de que unos y otros son 'dominados', nosotros debemos atender a las distinciones entre las relaciones mantenidas por Perón con sus colaboradores personales y los funcionarios y dirigentes (políticos, sindicales, etc.) que trataban con él de manera directa, y las que lo vinculaban con los integrantes de los sectores sociales, grupos y organizaciones que lo apoyaban (incluyendo aquí no sólo a los peronistas de a pie sino a cuadros militantes y dirigenciales que no llegaban a alternar habitualmente con el líder). En un primer nivel de aproximación —que es todo lo que puedo avanzar aquí—, podríamos decir que se trata en ambos casos de relaciones de representación política que eran constitutivas del liderazgo de Perón pero que las primeras involucraban en mayor o menor medida el trato cara a cara como un elemento central de su desarrollo y podían tornarse (o ser desde un principio) relaciones estrictamente personales, mientras que las segundas no hacían lo uno ni podían lo otro, aunque bien pudieran incluir el tipo de interacción ocasional pero fuertemente personalizada en sus formas que suele ser una parte integral de los modos de construcción de los liderazgos políticos 'plebiscitarios' y que se caracteriza porque la intensidad de los momentos de trato personalizado suele ser inversamente proporcional a la probabilidad de que se reiteren en lo que a un actor en particular concierne. A este abanico de relaciones de tenor diverso han debido corresponder, sin duda, distintas maneras de entender las cualidades personales de Perón y su relevancia, porque los distintos modos de producir y reproducir las relaciones implican necesariamente distintas modalidades de producción de sentido.

Por otra parte, como ya he recordado, a la heterogeneidad de los apoyos de Perón corresponde un abanico muy variado de intereses y aspiraciones. Y puesto que es evidente que los distintos actores han debido operar de maneras prácticas tendientes a concretarlos, es claro que sus formas de representárselos no han podido reducirse a contar con que las cualidades extraordinarias de Perón garantizaran su realización. Negar esto equivale a recaer en el antiguo prejuicio que condujera a tantos analistas a tratar a los adherentes de Perón como si hubieran desempeñado roles meramente

pasivos, como si hubiesen sido apenas objetos ignorantes de la propaganda y la manipulación desplegadas por las figuras maquiavélicas de Perón y sus colaboradores. Esta imagen, que es sin duda la que surge de numerosos estudios —incluso contemporáneos— que optan por enfatizar el carácter 'populista' del peronismo y la naturaleza 'carismática' del liderazgo de Perón, no sólo no pasa de ser una caricatura ya desmentida por la creciente literatura centrada en la historia de los peronismos provinciales sino que es teóricamente inaceptable: y lo es incluso en términos weberianos, pues supone olvidar que el carácter relacional del carisma necesariamente implica una coproducción del sentido de las relaciones entre el líder y sus seguidores. En suma, se me antoja indiscutible que reducir los 'sentidos subjetivos' constitutivos del liderazgo de Perón a las representaciones respecto de la naturaleza extraordinaria de su persona —incluso si se acepta que las mismas no eran homogéneas— equivale a una claudicación analítica, pues implica dejar fuera del análisis otras formas de representación que se combinaban con aquellas y que, en muchos casos, han debido involucrar concepciones más afines a las que Weber hubiera considerado como 'racionales' con acuerdo a fines y a valores. En términos generales, estos otros elementos de las representaciones respecto de Perón y de su posición política son desatendidos por completo toda vez que se apela al aparato conceptual asociado a la noción de carisma a pesar de que surgen con claridad de los estudios históricos y sociológicos detallados (por ejemplo, de los clásicos estudios de Juan Carlos Torre sobre el papel de la 'vieja guardia sindical' o de los más recientes trabajos dedicados a la conformación del Partido Peronista).<sup>3</sup>

5- El habitual olvido de que Weber presentaba a la dominación carismática como un tipo ideal comporta, naturalmente, el olvido de su corolario: que no es de esperar encontrar caso alguno que se corresponda con los caracteres del tipo ideal. Pero no son estos los únicos detalles que tienden a ser pasados por alto: casi con igual frecuencia se

---

<sup>3</sup> Cabe apuntar que las dificultades para advertir la heterogeneidad de los sentidos asociados a Perón y a su liderazgo resulta en parte de una tendencia generalizada a asumir que la población que era objeto de la propaganda política del primer peronismo se limitaba a hacer propios sus contenidos, a incorporarlos como sus propias representaciones; se trata de un error teórico-metodológico tan naturalizado que incluso se impone a un autor como Mariano Plotkin (1994), que precisamente ha examinado en detalle la cambiante historia de la propaganda desarrollada por los gobiernos de Perón entre 1946 y 1955.

desatiende por completo a las implicancias del carácter 'puro' que Weber atribuía al tipo de la dominación carismática (*cf.* Weber 1992: 172) y a sus tajantes afirmaciones en cuanto a que la dominación carismática pura solamente existe en '*status nascendi*' y que, en caso de perdurar, debe necesariamente variar de carácter, rutinizándose (*cf.* Weber 1992: 197, 856). Estas observaciones seminales del autor comportan varias importantes consecuencias.

Ante todo, si vamos a apelar a los aportes de Weber, debemos comenzar por admitir que el liderazgo de Perón no puede, por definición, ser tratado como un caso de carisma 'puro'. En primer lugar, porque semejante tratamiento solamente podría —y remarco el potencial— ser aplicado al nacimiento mismo de su liderazgo, esto es, a su consagración como líder en base al reconocimiento primigenio de sus supuestas cualidades excepcionales. Pero ello no sólo plantea el problema, virtualmente irresoluble, de delimitar claramente un período respecto del cual pudiéramos decir que corresponde a ese acontecimiento (los días de octubre de 1945 serían los candidatos más evidentes pero parece aventurado decir que el liderazgo de Perón respecto de todos los sectores que lo apoyaron se constituyó en ese momento) sino que, por sobre todo, resulta evidente que incluso en el momento mismo de la producción social del primer reconocimiento de Perón en tanto figura carismática ya intervinieron mecanismos propios de lo que Weber denominaba la 'dominación legal con administración burocrática': sabemos hace mucho que el liderazgo de Perón no fue ajeno al despliegue de los recursos de diversas agencias estatales con que él podía contar en tanto uno de los hombres fuertes del gobierno militar y su secretario de Trabajo y Previsión; y antes incluso de octubre, así como durante aquellos días, operaron como factores concurrentes a la producción de su liderazgo estructuras sindicales y partidarias que, aunque no fueran parte del Estado, deben ser entendidas como elementos del entramado constitutivo de la dominación bajo su forma estatal.<sup>4</sup> Y en segundo término, la operación de agencias estatales y de otras organizaciones analíticamente inseparables de

---

<sup>4</sup> Desarrollos analíticos producidos desde diversas disciplinas han mostrado que el Estado no debe ser considerado como un entramado de agencias claramente delimitado y que opera de manera unificada; por el contrario, las agencias que, en términos jurídicos formales, aparecen como parte del Estado se encuentran entrelazadas de maneras muy complejas y cambiantes con otros actores e instituciones que, en los mismos términos formales, se encuentran en su 'exterior', con el efecto de que, en la práctica, los 'límites' del Estado se encuentran siempre en proceso de producción y deberían, por tanto, ser problematizados en lugar de ser dados por sentado. Para un tratamiento de estas cuestiones desde el punto de vista de la etnografía, véanse: Balbi y Boivin (2008) y Balbi (2010a).

la formación estatal es aún más evidente y crecientemente central en la prolongación del liderazgo de Perón más allá de ese difuso 'momento' de su nacimiento, de donde se sigue que es aún más inaceptable tratarlo en términos del tipo puro de dominación carismática.

Por otro lado, y como consecuencia directa de lo anterior, lo que sea que el liderazgo de Perón haya tenido de 'carismático' solamente pudo tenerlo —más allá de ese elusivo momento primigenio— en cuanto carisma 'rutinizado', y esto puede decirse en varios sentidos. Primero, en cuanto las relaciones articuladas en torno del reconocimiento de Perón como un sujeto de cualidades extraordinarias fueron relaciones que incluían entre sus fundamentos la noción de que estas lo habilitaban para asumir la presidencia de la Argentina, es decir, la jefatura de un Estado legal-burocrático. Segundo, tales relaciones fueron inicialmente producidas y luego reproducidas apelando (de maneras siempre decisivas y, además, crecientes) a la movilización de los recursos institucionales del Estado y de otras organizaciones vinculadas a éste (los partidos y sindicatos, ya mencionados, así como otros tipos de organizaciones que se fueron forjando durante el período en cuestión, tales como la Fundación Eva Perón). Y tercero, toda esa labor de producción, reproducción y articulación de las relaciones sociales constitutivas del llamado 'liderazgo' de Perón estuvo centralmente orientada a instalarlo como cabeza del Estado y, luego, a garantizar la conservación de esa posición.

Así, el liderazgo presuntamente 'carismático' ejercido por Perón en el período 1946 - 1955 no puede ser entendido sino como orientado hacia y producido mediante los recursos característicos de lo que Weber consideraba como un 'tipo' diferente de dominación legítima: la legal con administración burocrática. Escribía Weber que un “motivo impulsor de la rutinización del carisma es siempre, naturalmente, la tendencia al afianzamiento” y que otro es “la forzosidad objetiva de adaptación de las ordenaciones y del cuadro administrativo a las exigencias y condiciones normales y cotidianas de una administración” (Weber 1992: 202). Estas líneas fueron escritas en referencia a las razones por las cuales una dominación carismática nacida 'pura' tiende a rutinizarse al lidiar de manera continua con las necesidades de la administración cotidiana: tanto más válidas son esas razones, sin duda, cuando se trata de un 'carisma' que ha nacido ya como elemento constitutivo de una administración legal-burocrática de la dominación.

Así, pues, las fuentes weberianas que deberíamos considerar como centrales para intentar un abordaje del liderazgo de Perón no son sus escritos sobre el carisma 'puro' sino los que dedicó a las cuestiones interrelacionadas de la 'rutinización', la 'cotidianización' y la 'objetivación' del carisma (*cf.* Weber 1992: 197 a 204; 856 a 889), y muy especialmente sus afirmaciones respecto de los elementos carismáticos que subsistirían toda vez que la 'aclamación de los dominados' se transforma en el sentido de un 'procedimiento electoral' regular (*cf.* Weber 1992: 861 a 867) y las breves páginas donde examina el fenómeno de la 'transformación antiautoritaria del carisma', donde se ocupa de las 'jefaturas de partido' en los Estados modernos, de los liderazgos democráticos 'plebiscitarios' y de las particularidades de la posición de los 'funcionarios electivos' (*cf.* Weber 1992: 214 a 217), todo lo cual es bastante evidentemente pertinente a la posición y el papel de Perón.<sup>5</sup> Aunque sospecho que asociar la figura de Perón con una transformación 'antiautoritaria' de algo es, quizás, demasiado fuerte para los espíritus de muchos colegas.

El análisis del papel de agencias estatales, organizaciones partidarias y sindicatos en la producción del liderazgo de Perón se encuentra bastante avanzado, aunque por lo general se lo ha hecho de maneras bastante prejuiciadas y, por lo que aquí me incumbe, con escasa atención a la parte realmente pertinente de las orientaciones analíticas ofrecidas por Weber. Para empezar, no conozco trabajos que se hayan detenido en el análisis detallado de las formas en que las representaciones respecto de las cualidades personales de Perón se articulaban con las representaciones respecto de la naturaleza y las características de las funciones político-institucionales que él llegó a desempeñar y de la forma de organización estatal en que las mismas se insertaban. De esta suerte, cuando se trata del liderazgo de Perón, su concepción como un caso de carisma, basada en la lectura sesgada del tipo puro weberiano, oblitera la consideración adecuada de su especificidad en tanto el liderazgo de una asociación legal burocrática que, indiscutiblemente, fue en la práctica: se diría que los actores que apoyaban a Perón —y muy especialmente el 'pueblo', los 'trabajadores'— no tenían representación alguna

---

<sup>5</sup> Cabe observar que los complementos imprescindibles para una adecuada apropiación de lo dicho por Weber sobre los elementos carismáticos (rutinizados) asociados a las jefaturas partidarias, los liderazgos democráticos plebiscitarios y la posición de los funcionarios electivos son sus escritos sobre lo que denominaba 'partidos' (*cf.* Weber 1992: 227 a 232; 693-694) y sobre el fenómeno de la representación (*cf.* Weber 1992: 235 a 241).

respecto del Estado y el gobierno, sino apenas una imagen de Perón en tanto un hombre extraordinario que había de asegurarles un futuro venturoso; así las cosas, es difícil entender por qué se molestaban en votarlo, pudiendo, como podían, simplemente aclamarlo.

Si vamos más allá de la naturaleza de las representaciones para considerar la de los mecanismos involucrados en su producción y despliegue, encontramos una dificultad aún más insidiosa. En la medida en que el tema de la relación entre el liderazgo carismático de Perón y los mecanismos y estructuras legal-burocráticos ha sido examinada, se ha dado por sentado que éstos se encontraban en un estado de servidumbre para con el carisma entendido como un factor preexistente, ya dado (es decir, como carisma en su estado 'puro'). Así, por ejemplo, en su cuidadoso análisis de la propaganda política durante el primer peronismo, Mariano Plotkin (1994) no puede evitar dar a entender que toda ella emanaba de la voluntad omnímoda de Perón, cuya figura reiteradamente asimila a la del 'régimen' (*cf.* Balbi 2007b). Asimismo, en su excelente estudio sobre la formación del Partido Peronista, Moira Mackinnon (2002) presenta una serie de disputas a lo largo de las cuales habría sido sometido a los lineamientos que emanaban de un 'polo organizativo carismático' que la autora no problematiza (*cf.* Balbi 2007a). Pero apenas advertimos que el carisma de Perón no pudo sino ser desde el primer momento un carisma rutinizado, objetivado, se sigue que las estructuras y los mecanismos legal-burocráticos (estatales, partidarios, sindicales, etc.) no estuvieron realmente al servicio de un carisma puro sino que, más bien, operaron como medios de su transformación en el sentido de la rutina y la objetivación. En efecto, la propaganda política transforma al carisma, lo va objetivando porque al promover su aclamación lo da ya por sentado, y también en la medida en que estandariza las formas en que debe ser representado y reconocido; y cuando una estructura partidaria (que en términos weberianos no es sino una burocracia) se somete a una organización vertical en cuyo ápice se encuentra un jefe carismático, no sólo toma al carisma como un supuesto sino que lo traduce en una serie de disposiciones administrativas, todo lo cual lo rutiniza.

No en vano, Weber afirmaba claramente que con “la rutinización o adaptación a lo cotidiano, la asociación de dominación carismática *desemboca* en las formas de la dominación cotidiana” (Weber 1992: 201; el énfasis es del original): en este caso,

asistimos a una transformación de la relación carismática en función de su inextricable interpenetración con un sistema legal-burocrático que la preexiste. Esto no sólo se aplica al despliegue más o menos deliberado de prácticas políticas tales como la propaganda o la organización de estructuras partidarias sino que se extiende a la totalidad del accionar burocrático. Cabe traer a colación aquí dos puntos. Primero, que las burocracias, ya sean estatales, partidarias, sindicales, empresariales, etc., engendran (y también reclutan) burócratas, personas predispuestas a adoptar procedimientos orientados a fines específicos y sometidos a pautas definidas, los cuales por su propia virtud finalista y ‘racional’ tienden a replicarse. Y segundo, que desde el punto de vista de Weber una burocracia era, precisamente, una administración de lo cotidiano. Así, pues, el desarrollo de un liderazgo carismático en el seno de un entramado legal-burocrático solamente podía conducir al arrasamiento inmediato de éste (resultado que correspondería a la naturaleza revolucionaria que Weber atribuye a la forma pura del carisma), o bien, en caso de que la jefatura carismática superara el umbral del *status nascendi*, a su administración por la burocracia: esto es, a su tratamiento como algo cotidiano en términos administrativos, objetivadores, a través de una serie de procedimientos pautados tales que permitan realizar los fines a que deba atenderse en cada momento. Esta es la verdadera fuerza motriz que se encuentra por detrás de buena parte de la tendencia a la rutinización de los componentes ‘carismáticos’ del liderazgo de Perón: la mera reproducción de procedimientos ya establecidos por obra de burócratas estatales, partidarios, sindicales, etc. que tratan con el liderazgo como con algo cotidiano (esto es, no como algo extraordinario) y que tiene consecuencias múltiples, igualmente cotidianas, que es preciso administrar. Tanto el curso seguido por la propaganda política del primer peronismo (con su agobiante énfasis en las figuras de Perón y de Eva Perón y en el tópico de la lealtad), como la reiteración de intentos de imponer formas de organización ‘verticalistas’ deberían ser entendidos como emergentes de este trasfondo dinámico de rutinización del carisma antes que como productos de un carisma ya dado o de las maquiavélicas intenciones de Perón y de un puñado de acólitos (imagen que, por cierto, está pintada con la paleta del carisma puro).<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Anteriormente (cfr. Balbi 2007b) he sugerido que estos fenómenos obedecían a que las condiciones sociales del campo político del primer peronismo habían favorecido la imposición de una cierta

6- La desatención a las implicancias de la condición típico ideal de las construcciones analíticas de Weber y el escaso interés que se ha prestado a sus afirmaciones sobre el carácter extraordinario y efímero del carisma propiamente dicho y sobre la necesidad y los efectos de su rutinización, se han combinado con una serie de presupuestos que subyacen a gran parte de la literatura dedicada al peronismo de maneras claramente contraproducentes. En buena parte de la literatura clásica, que es donde se hicieron las apropiaciones primarias de las ideas de Weber, el peronismo es visto como algo negativo, que irrumpe bruscamente desde 'fuera' de la operación 'normal' de los mecanismos democráticos (no sólo en el sentido de que lo hace desde un gobierno militar sino en el de que presenta un carácter anómalo o aberrante en relación con los supuestos de la democracia y la república), y que opera de manera disruptiva y dañina, desplegando prácticas autoritarias. De allí que al recurrir a Weber a fin de pensar el liderazgo de Perón se haya apelado prioritariamente a sus caracterizaciones del carisma en su tipo puro, que él presenta como extracotidiano, revolucionario y, desde luego, irracional, todo lo cual casaba muy bien con la forma en que los analistas veían al peronismo. La misma complicidad funcional entre esa fuente bibliográfica y ciertas opiniones negativas sobre el peronismo ha derivado más recientemente en la consideración del Partido Peronista como un 'partido carismático', lo que implica verlo como anómalo, no precisamente democrático y orientado a movilizar a las personas de manera 'encuadrada' más que a promover y viabilizar una 'auténtica' participación.

Pero esta clase de mirada, crecientemente naturalizada, olvida que Weber atribuía a la dominación carismática una temporalidad específica que se oponía estrictamente a la de las dominaciones legal-burocrática y tradicional: mientras que

---

concepción de la política (una forma de entenderla y de hacerla) donde la manifestación de 'lealtad' hacia Perón era un elemento central. Las características del entramado legal-burocrático en que surgió el liderazgo de Perón y la forma en que indujeron inmediatamente la rutinización de sus rasgos carismáticos deberían ser entendidas como una parte central de las características del campo político, y la importancia que el concepto de 'lealtad' adquirió en la praxis política de los peronistas (incluyendo en sus formas más deliberadas, como la propaganda política) debería ser considerada como un producto de esa rutinización. Si bien mi aproximación al tema se produjo en el marco de un estudio centrado en la lealtad, cabe observar que el elemento central de la concepción de la política que emergió en el curso de la cotidianización del carisma de Perón en tanto elemento integral de un liderazgo legal-burocrático fue la representación de la 'conducción política' como un factor creador de hechos políticos, de la cual el concepto de 'lealtad' es un correlato (*cfr.* Balbi 2010).

éstas son, para nuestro autor, “formas de la dominación *cotidiana*, rutinaria —la carismática (genuina) es específicamente lo contrario” (Weber 1992: 195; el énfasis es del original). La dominación carismática era, para Weber, estrictamente extracotidiana, lo que implicaba que fuera ajena a toda regla, revolucionaria y efímera, de modo que, si acaso perduraba, inevitablemente lo hacía cambiando de naturaleza y moviéndose en dirección de una de las otras dos variantes, que a diferencia de ella eran formas de dominación cotidiana. De allí que Weber jamás pensó en un carisma puro que pudiera operar como un factor a largo plazo, como suele darse por sentado en los estudios sobre peronismo cuando, por ejemplo, se invocan los términos del reconocimiento carismático de Perón que habría sido establecidos durante las jornadas de octubre del '45 para dar cuenta del caudal de votos congregado por los dirigentes peronistas en el siglo XXI (cfr. Sigal 2008), o cuando se atribuye al carisma el haber operado como un 'polo organizativo' durante el prolongado proceso de organización partidaria del primer peronismo (cfr. Mackinnon 2002). El propio Weber, en cambio, se ocupó de examinar cuidadosamente las causas, modalidades y consecuencias de la necesaria transformación del carisma toda vez que se deslizaba hacia una dominación cotidiana: las condiciones, esto es, de su rutinización y objetivación e, incluso, de su transformación en su opuesto (tal el caso, justamente, de las jefaturas políticas plebiscitarias). Pero en los estudios sobre el peronismo se sigue pensando al carisma como un factor fijo, extracotidiano, disruptivo y, desde luego, irracional (y esto último en un sentido que, en rigor, sólo en apariencia es weberiano), en lugar de tratarlo como a un elemento que tuvo que ser reproducido de cara a su permanencia, que inevitablemente cambió de carácter en esa coyuntura, que claramente tuvo tanto de cotidiano como de novedoso y que, por último, estuvo fuertemente marcado por una racionalidad burocrática porque fue desde un inicio el liderazgo de un Estado legal-burocrático. Quizás porque pasa inadvertida para sus propios hacedores, ninguna fuerza ha podido hasta ahora revertir esta tendencia analítica predominante: ni las reiteradas advertencias de destacados autores en cuanto a las enormes continuidades que presentara el peronismo respecto del radicalismo yrigoyenista y de variadas tradiciones políticas nacionales, ni el creciente conocimiento de las cerradas luchas entre sectores que dieron forma al peronismo tanto a nivel nacional como en las provincias, ni el descubrimiento tardío de que, contrariamente a lo que asume el canon, las organizaciones partidarias sí importaban —y aún importan— en

el peronismo. Pese a todo ello, y de manera cada vez menos reflexiva, el carisma es mentado una y otra vez en los análisis como un factor que parece encontrarse fuera del tiempo y siempre predispuesto por su naturaleza aberrante a entorpecer procesos democráticos y a socavar las instituciones de la república.

7- Lo dicho en estas páginas no llega siquiera a delinear la complejidad de los problemas que evoca la apelación a la noción de carisma para el análisis del primer peronismo (o de cualesquiera hechos relacionados con el peronismo). No sólo he planteado problemas sin asomarme a solución alguna sino que me he mantenido alejado de las aristas más filosas que se alzan toda vez que uno intenta recuperar el complejo pensamiento de Weber para tratar de un tema que, a su vez, es inefablemente complejo. Nada he dicho, por ejemplo, de la irrealizada e imprescindible tarea de ponderar los efectos analíticos del desplazamiento operado en la literatura sobre el peronismo desde la noción weberiana de 'dominación' hacia la de 'liderazgo', ni de lo que implicaría recordar que los tipos elaborados por Weber suponen “distinguir las clases de dominación según sus *pretensiones típicas de legitimidad*” (Weber 1992: 170; el énfasis es del original) pero que tales pretensiones no significan que “la obediencia a una dominación esté orientada primariamente (ni siquiera siempre) por la creencia en su legitimidad” (Weber 1992: 171). Estas, y muchas otras tareas, habrán de quedar para trabajos futuros.

### **Bibliografía**

- Balbi, Fernando Alberto (2007a): “La dudosa magia del carisma. Explicaciones totalizadoras y perspectiva etnográfica en los estudios sobre el *peronismo*.” *Avá, Revista de Antropología Social*, 11. Posadas: UNaM, pp. 11 a 38.
- Balbi, Fernando Alberto (2007b): *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires: Ed. Antropofagia.
- Balbi, Fernando Alberto (2009): “¿Explicar ‘el peronismo’? Apuntes para un debate pendiente. A propósito de ‘Del peronismo como promesa’, de Silvia Sigal”. *Desarrollo Económico*, 193 (49). Buenos Aires: IDES, pp. 151 - 160.
- Balbi, Fernando Alberto (2010a): “Perspectivas en el análisis etnográfico de la producción social del carácter ilusorio del Estado.” *Revista de Estudios Marítimos y Sociales*, 3. Mar del Plata, GESMar, pp. 171-179

- Balbi, Fernando Alberto (2010b): “*Partido, Movimiento y conducción. Orientaciones cognitivas y prácticas políticas en el peronismo*”. *Actas de la X Jornada de Historia Política*, número 1. Edición en CD-ROM. Mar del Plata: UNMdP.
- Balbi, Fernando Alberto (2012): “La integración dinámica de las ‘perspectivas nativas’ en la investigación etnográfica”. *Intersecciones en Antropología*, 14. Olavarría: UNCPBA. pp. 485-499.
- Balbi, Fernando Alberto y Boivin, Mauricio (2008): “La perspectiva etnográfica en los estudios sobre política, Estado y gobierno”. *Cuadernos de Antropología Social*, 27. Buenos Aires: FFyL-UBA, pp. 7-18.
- Mackinnon, Moira (2002): *Los años formativos del Partido Peronista (1946-1950)*. Buenos Aires: Instituto Di Tella – Siglo XXI.
- Plotkin, Mariano (1994): *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946 – 1955)*. Buenos Aires: Ariel.
- Sigal, Silvia (2008): “Del peronismo como promesa”. *Desarrollo Económico*, 189-190 (48). Buenos Aires: IDES, pp. 269-286.
- Weber, Max (1992): *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE. 10a reimpresión.